

DIARIO DE SAN FRANCISCO

[DICIEMBRE 70 / ENERO 71] POR DAVID RAMON



*You got a friend
Winter, Spring, Summer or Fall
all you got to do is call
and I'll be there
You got a friend*

tras día, sólo algunos temas, lugares, gentes, acontecimientos, lo que quedó impreso más que en mi memoria, en mi sensibilidad, lo que en alguna forma aunque sea mínima me transformó.

El nuevo romanticismo



Imagine there's no heaven
it's easy if you try
No hell below us
Above us only sky
Imagine all the people living for today
ah!

La primera vez que vine a San Francisco fue en los cincuentas. Me enamoré del lugar (a pesar de su clima, al que ahora ya estoy acostumbrado) y decidí que siempre volvería. Así ha sido desde entonces, año tras año vuelvo. A veces todo el verano, otras parte del invierno y extrañamente en primavera sólo he estado a principios, lo mismo que en otoño. Ya "perdí" la cuenta de las veces que he estado en San Francisco: sin embargo siempre que regreso me pasa lo mismo que la primera vez. Aquí tengo varios amigos, no muchos, pero ¡qué amigos! sin ellos San Francisco con "todo y todo" no sería igual, y ya no sería lo que es para mí y si alguna vez los pierdo o se van de aquí entonces ya "nunca vuelvo", esta ciudad sin ellos sería terriblemente vacía.

San Francisco es una de las ciudades más bellas, más sofisticadas y más libres que existen y desde que "me enamoré de ella" he visto transcurrir muchos acontecimientos sensacionales: el nacimiento de la generación *beat* (Allen Ginsberg, Ferlinghetti); el florecimiento de la cultura hippie; el éxodo de los hijos de las illores; la explosión del rock ácido (marcada por el ascenso y muerte de Janis Joplin). El movimiento por la libertad de palabra en Berkeley; el parque del pueblo en Berkeley; la total radicalización de los estudiantes; los panteras negras; "los hermanos de soledad"; el encarcelamiento de Angela Davies... Hoy "otra vez" ha cambiado un poco; así es como yo la veo a finales de 71 y principios de 72. Lo que sigue a continuación, es-lo que con cierta imaginación podría llamarse "mi último diario de viaje". No es algo tradicional en este aspecto, no es un relato de mi estancia día

En San Francisco el pleno apogeo del neorromanticismo. Este toma muchas formas: lo más externo, el pelo largo, las barbas, las faldas largas, los pies descalzos, la ropa antigua; luego una verdadera comunión, unos verdaderos esposales con la naturaleza; el sentirse parte de un ciclo, de un equilibrio ecológico, la vuelta a la comida orgánica; un rechazo del automóvil, una vuelta a la bicicleta, un renovado interés por la Astrología (incluso por la brujería); en política un profundo anarquismo, con una gran dosis de desilusión. Fundamentalmente una rebeldía contra todo lo establecido, la desaprobación total de la autoridad. El retorno a la naturaleza, el *noble salvaje* es el ideal hoy.

You got a friend, brother

You got a friend, sister

La Iglesia Metodista Unitaria Glide Memorial ha estado "de moda" desde hace ya unos años entre la gente más avanzada (en todos sentidos) de San Francisco, incluso entre la que no es religiosa. Su ministro o pastor A. Cecil Williams es el consejero espiritual de Angela Davies, en el mismo edificio de la iglesia se



localizan las siguientes organizaciones: los panteras negras, Comité de Defensa de Angela Davies, Frente de Liberación de la Mujer, Frente de Liberación Homosexual, Trabajadores Agrícolas Unidos, Defensa Legal de los Hermanos de Soledad, Hijas de Bilitis, Alternativa para escuelas gratuitas, etcétera, etcétera.

El ministro Williams es un joven negro, barbón, sensacional, con una indumentaria muy moderna y que lleva a cabo el *servicio religioso* en forma increíble. En el altar un numeroso grupo de jóvenes músicos tocan rock, destacan unos negros con vestimenta africana; al mismo tiempo que ellos tocan, o el pastor habla o hay otros números, se proyectan sobre el altar transparencias, juegos de luces, y otras cosas. Lo que aquí llaman "light show". Y todo el mundo baila, canta (canciones de los Beatles, de Carole King, de James Taylor, de Laura Nyro, y demás. Toda la congregación canta y baila con una alegría, con una espontaneidad absoluta, explosiva y contagiosa. La gente de veras se abre hacia el otro, se *comunica*. La palabra hermano, hermana, adquieren aquí su significado verdadero, auténtico. Uno no puede más que estremecerse, la emoción "traiciona", las lágrimas salen, la resequedad espiritual de mucho tiempo se desvanece. Se siente, se percibe, se palpa lo que es el verdadero amor fraternal, y aunque no sea religioso, se entiende perfectamente lo que es el amor al prójimo, el sentido de lo que es la paz, el amor a la humanidad. Entre otras muchas cosas el amor que se percibe aquí parece increíble por verdadero, y se entiende que entre tantas revoluciones de diversa índole que están ocurriendo en San Francisco, ésta aquí sea una de las más válidas sobre todo porque es interna (o sea en un sentido profundo). Esta búsqueda de la autenticidad, del amor, de la comunicación de éstas gentes aquí es grande y maravillosa; nos parece un milagro porque en general en México hemos estado acostumbrados y expuestos a todo lo contrario: la hipocresía, la falsedad, la maledicencia, el odio. Me sumerjo en esta experiencia de auténtica comunicación con la gente y la vivo plenamente, sin intentar ningún razonamiento; sólo me dejo llevar por el momento y es lo importante, lo importante es vivirlo... Después de que termina cada canción o cada prédica (éstas son muy prácticas, por ejemplo: dónde hay viviendas más baratas, guarderías, escuelas, hoy liberaron a un hermano pantera negra, etcétera), la gente levanta el brazo o los brazos, con las manos unos hacen el signo de la paz, otros tienen el puño cerrado símbolo del poder negro, del poder chicano, del poder amarillo, del poder de los que por tanto tiempo han estado desposeídos de él. En fin, del poder del pueblo. ¡El poder para todos los oprimidos! ¡El poder para la gente! ¡El poder para el pueblo! Las caras de estas gentes son maravillosas, revelan entre otras cosas una intensa vida interior y también una paz profunda y auténtica, y por lo tanto esto se traducirá en una gran seguridad en lo que quieren, y en lo que están haciendo. De aquí se sale reconciliado con la gente, con la vida, amándola más

que nunca y convencido y fortalecido de que por ello mismo hay que trabajar efectiva y verdaderamente por un cambio, un cambio que sitúe al individuo, a la dignidad humana en el centro de todo, por encima de todo, como siempre debió, debía debe y tiene que ser.

Existen varios museos en San Francisco: uno de mis favoritos es el de *Arte Moderno* está en la esquina que forman las calles McCallesten y Van Ness; tiene un toldo azul a la entrada, es bonito, y muy acogedor. El elevador pintado a rayas con colores pastel lo lleva a uno al tercer piso donde están las salas de exposición: en una de ellas —a la que invariablemente regreso— hay un retrato de Monet que amo; es el retrato de una muchacha con los ojos verdes. Hoy hay una exposición de fotografías "esculpidas" o sea fotos enmarcadas en plástico a las que se les ha puesto plástico derretido o abombado experimentado, y creando cosas muy interesantes; hoy sin embargo, ya no hablaré más de este museo, sino de otro, el que está situado en el *Golden Gate Park*. Este parque tiene lagos, un jardín japonés, un acuario, un planetario y muchos hippies que pululan por aquí; sólo que también tiene muchos policías motorizados, andan en motonetas y traen binoculares: cuando ven grupos de gentes sentadas y pasándose algo que humea hablan por radio a sus compañeros y se lanzan todos juntos sobre ellos.

En uno de los museos del Golden Gate, el *The Young Memorial* hay una exhibición de fotografía francesa "primitiva": como todo arte que se etiqueta de "primitivo", esta exposición es de lo más sofisticado en arte, es gigantesca y contiene 246 fotos con una enorme variedad de temas, métodos y enfoques. Creo que es el mejor conjunto de fotografías "antiguas" o "modernas" que haya visto, entre otras cosas debido al tiempo transcurrido, que les ha hecho un gran favor, permitiendo que adquieran profundidad en los colores, lustre, nuevas calidades de luces y sombras, formas, tonalidades, todo lo que obviamente no tenían cuando eran nuevas. Este es uno de los encantos (no el menor) de esta exposición. Pero al verla también nos vienen otras consideraciones: la rapidez con que la fotografía (un arte entonces nuevo) se apoderó del mundo y trajo a todos los mundos más lejanos y exóticos, no sólo los paisajes, sino también los hombres (en esencia iguales) que los habitaban, aunque con un efecto negativo (según se dice aquí sirvió también para despertar la codicia de los imperialistas. Aparte de esto, entre todas ellas llaman la atención (y no creo que sea simple coincidencia) las grandes fotos de pintores: Daumier, Courbet (exactamente como personaje de uno de sus propios cuadros) Meissonier, otros. La exposición tiene también aquí y allá una especie de toque de "pornografía". Según lo que nos dice el catálogo, Baudelaire —que no entendía su mecanismo—; denunció a la fotografía por ello, "por su alianza con el vicio"; por supuesto que esto es una tontería: lo único que

muestran las fotos que vemos aquí (escenas diarias) es arte puro, arte del mejor.

La Universidad de Stanford es muy bonita (no muy grande) muy ordenada, con grandes jardines muy cuidados, y en general nos recuerda las Universidades del Este, sólo que sus edificios son más o menos de austero estilo "español". Su galería de arte presenta una exposición a la que nadie puede dejar de ir: grabados y dibujos de Toulouse-Lautrec. Para mayor lujo son no sólo dibujos y grabados "comunes", sino joyas, auténticas maravillas: pruebas de autor de sus carteles antes que se imprimieran; de sus grabados con combinaciones de colores, tentativas y pruebas en que la composición se alteró a mano a última hora.

La exposición con 81 grabados es absorbente (no estoy descubriendo el mediterráneo y no soy crítico especializado en pintura) como Toulouse-Lautrec siempre lo es, desde todos los puntos de vista. Algunas de las copias que hay aquí son únicas y creo que no tienen paralelo por lo menos en los Estados Unidos; en fin, esto no es lo importante, porque precisamente con Toulouse-Lautrec uno nunca piensa en términos de "arte" o "historia" (o ambos combinados). Su verdad humana, la calidad humana, su originalidad artística trascienden tales consideraciones... y sin embargo, uno no puede dejar de pensar en él como un heredero de Daumier y contemporáneo de Whistler (Proust, Proust); las litografías especialmente "muestran" su deuda con el grabado japonés en la riqueza de líneas, en las perspectivas inusuales (¿ahora sí ya estoy hablando como "crítico"?), la sutileza de color, en fin todo eso que está ahí y que cualquiera, hasta un profano como yo, puede ver y apreciar. Pero sobre todo ello (claro) predomina lo humano que se nos muestra satírico, punzante, dramático, aposentado en los salones de baile, los cafés, los teatros y (ya se sabe) los burdeles de París. Las personas y personajes ahora ya tan "conocidas": Ivette Guilbert, Jane Avril, Marcelle Lender, Arístide Bruant; y todos los que no tienen nombre, pero sí *vida*; y están también el Moulin Rouge, el Follies Bergère o el Diván Japonés. Esta exposición muestra a Toulouse-Lautrec como el artista que más que ningún otro elevó el cartel a la categoría de gran arte, muestra sus notables invenciones para mejorar el arte litográfico. Pero no sólo hay esto aquí; están también portadas de libros de música, de otros libros, programas de teatro: en fin, el artista está representado en cada una de las etapas (lo siento por el cliché) de su genio.

La calle Union



En este momento la moda, *eso* entre el *beautiful people* es Cole Porter. La nostalgia por su música, por los treintas, los cuarentas, el *Café Society*, el artista vestido de frack, el piano blanco de cola (*New Yorker*)

I got you under my skin
Cole Porter

M y M tienen una tienda de discos en la calle Union, una calle muy larga, pero considerada "interesante" (para ciertas gentes, claro) sólo de la parte que va de la avenida Van Ness (una de las más antiguas de aquí, y donde vivió Alice B. Toklas, la amiga de Gertrude Stein) hasta otra que se llama Steiner. En realidad y en verdad esta parte de la calle Union es una de las más sofisticadas de San Francisco; y en cierta forma sería el equivalente de la zona, aunque mejor y más auténtica. Esta sección agrupa principalmente tiendas de antigüedades (impresionantes, bellísimas, carísimas), dos cines que siempre exhiben las últimas novedades (ahora, en uno *A clockwork orange*, en el otro *Cisco Pike*), restaurantes muy buenos, boutiques, muchas galerías. M y M, que conocen a todo mundo en esta calle sofisticada y deslumbrante, son jóvenes a la moda, y a la moda aman apasionadamente el cine, la literatura (en particular la latinoamericana), han vivido en varias partes del mundo, viajan, son fantásticamente simpáticos y encantadores; leen todas (o casi) las revistas que se editan en el mundo, empezando por una publicación genial que tiene el irónico título de *Women's wear daily* —lo que las mujeres usan del diario— y siguiendo con la revista de la Universidad, el *Vogue*, el *Siempre!*, el *Sight and Sound*, el *Films and Filming*, el *Village Voice*, etcétera, etcétera. Están al tanto de todas las novedades en todos los sentidos. Ya hace algún tiempo que son amigos míos y para visitarlos me voy caminando por toda la calle Unión, atravieso tiendas, me meto a una galería (donde hay una exposición muy interesante de dos fotógrafos, Edward y Cole Weston, muy conocidos aquí, uno de los cuales tuvo la beca Guggenheim), salgo, sigo y por fin llego a la tienda; platicamos mucho y una cantidad impresionante de gente entra a comprar aparentemente todos el mismo disco Bobby Short y su homenaje a Cole Porter (Short es un jazzista famosísimo que fue expulsado de México a raíz de un "escándalo"). M, me invita a almorzar, en el trayecto saluda a todo mundo y al pasar por una galería (The Poster) y ver anunciada una exposición de *art nouveau*, casi sin sentir entramos automáticamente. Hay sobre todo trabajos de Alphonse Mucha "el maestro de cartel", pero también de Theodore Steinlen, Jan Toorop y Pierre Bonnard; es





curioso y encantador ver en ellos a las modestas vírgenes con los ojos entornados o de plano cerrados, y que sin embargo anuncian nada discretamente toda clase de productos: licores, chocolates, aceites, cigarros, rodeadas de toda la parafernalia *art nouveau*. Hay carteles de todas las nacionalidades (hasta españoles de Barcelona) pero para mi gusto sobresalen las cuatro estaciones de Mucha (que además no tienen ningún anuncio). Se acerca a observar una estatuilla, el dueño lo saluda, nos dice que el propietario de una de las cercanas casas de antigüedades se la prestó para dar más ambiente. M le pregunta si conoce a un señor X, el mayor coleccionista de *art nouveau*. Claro —le responde— todos los carteles que se exhiben aquí son de él. Salimos. Almorzamos en un lugar que tiene más o menos pretensiones europeas, pero que en realidad sí es muy agradable, a nuestra mesa se acercan muchos amigos de M, desde otras simplemente lo saludan. Una vez me dice, señalándome una: “estaba ahí Ryan O’neill, nunca oí conversación más plana en toda mi vida.”

M y M viven en Sausalito (a sólo 15 minutos —en coche— desde San Francisco; también se puede llegar por autobús *ferry*, en bicicleta o hasta caminando) es un lugar precioso, elegante y muy sofisticado y (ahora) casi (o sin el casi) exclusivamente para gentes de bastantes recursos. Había y hay todavía artistas y algunos bohemios, pero son los que venden lo suficiente para sostener su muy cara estancia aquí (las rentas o los precios de las propiedades son elevadísimos). Toda la gente que se precia más o menos de algún brillo vive aquí (aunque tenga sus negocios o su trabajo en San Francisco), algunos tienen anclados sus yates en la pequeña bahía; y hay en impresionante mayoría casas muy bellas o muy modernas, o ambas cosas. M y M me invitan a cenar a su casa. Es preciosa, tiene muchísimos libros, cuadros, antigüedades, muebles muy cómodos, plantas, grandes ventanales, una terraza, una bonita vista y hay que subir 120 escalones para llegar a ella. Para que me sienta a gusto (en mi elemento) invitan a un estudiante de cine, así que durante y después de la cena se habla sobre todo de ello: *El Decameron* de Pasolini, Visconti, los críticos (Pauline Kael), de los clásicos exhibidos en televisión; de la forma en que se imparten los cursos de cine en el San Francisco State College, de la Cinemateca (de México) de *Avaricia*, de *Intolerancia*; pero también se habla de literatura: Proust, Lezama Lima, Cabrera Infante, Cortázar; empezamos escuchando música de Mahler, seguimos (claro) con Bobby Short, esto da tema a los *revivals* (cuando Short toca y canta *te llevo dentro de mí* parece que de pronto va a empezar una película musical) de las nostalgias por los treinta, por los cuarenta; M pone un disco de *Josephine Baker*; es demasiado: para contrastar, cuando acaba pido rock. D me cuenta su vida. Estuvo en la fuerza aérea, luego volvió “al mundo” (cuando estaba ahí, es como si hubiera estado muerto) e hizo

“todo el viaje al ego”, y trató de llenarse con el “american dream”: todo lo más caro, lo mejor, la apariencia, el crédito. Luego al revés, hasta llegar a la droga; ahora está mejor, estudia cine (es la realización de una vocación) aparte de esto trabaja parcialmente como mesero en un bar (las propinas son increíbles) y por supuesto de todas maneras vive con cierta sofisticación, tiene un jaguar “viejo” (años cincuentas) porque en realidad esto es más elegante. . . M y M representan la “beautiful young people” (o sea gente joven, mundana y que vive muy bien) de San Francisco, la elegancia y sofisticación neoyorquina en California, por un lado quisieran que esto fuera Nueva York pero a la vez, aunque no lo sea, tienen la enorme ventaja de la libertad, o la liberalidad que haya aquí y que permea todos los círculos. M y M son burgueses, encantadores, conocedores, saben vivir, tienen inquietudes, son cultos, excelentes anfitriones, muy buenos amigos y son congruentes, están precisamente donde les fascina estar y a donde seguramente pertenecen, y saben vivir —lo que unos consideran defecto y otros virtud (¿quién sabe?)— la frivolidad.

ROCK, ROCK, ROCK



People try to put us down
Just because we get around
things they do look awful cold
Hope I die before I get old
This is my generation, baby
My generation.

El San Francisco que yo amo tiene algo muy especial: hace florecer a la gente, este San Francisco es el que hizo estallar “el verano del amor” y “los hijos de las flores”, en 67 vivieron 24 horas al día una alternativa diferente, un renacimiento, otro mundo, otro concepto de todo. Su centro fue el Haight Ashbury; su lema *paz y amor*. Entonces funcionó, hoy está desprestigiado hasta en México. De este verano del amor nació entre otras toda la galaxia del rock ácido: Country Joe and the fish; The Grateful Dead, The Moby Grape, Los Jefferson Airplane, Big Brother and the Holding Company con su vocalista Janis Joplin. San Francisco, la ciudad del amor, donde las primeras bandas tocaban diariamente todas las noches en (los que después serían famosísimos) Fillmore Auditorium y Avalon Ballroom. La música de rock emergía tan naturalmente del ambiente de la ciudad como emerge la humedad del mar que la rodea. Las bandas de rock tocaban para la enorme concentración juvenil del Haight Ashbury, para los inconformes estudiantes de Berkeley. San Francisco era el Liverpool de Norteamérica; el rock tuvo el sonido San Francisco, en San Francisco la



música de rock era (y es afortunadamente) parte del medio ambiente y el medio ambiente parte de esta música. Entonces las bandas ensayaban juntas, tocaban juntas, vivían juntas en un estilo que no diferenciaba entre arte y vida. La reina de todo esto fue Janis Joplin: la más carnal, la más explosiva, la más sexy reina del rock, a quien quería recordar siempre, antes que nada como la vi una vez (en uno de mis lugares favoritos) bailando hasta el paroxismo, viviendo la música. Recuerdo todo esto cuando oigo "Bye Bye Miss american pie", una nueva canción de rock que es deliberadamente un pastiche de Dylan, los Beatles, los Rolling Stones, Woodstock, y demás; de todo el rock, de los '60s, que habla del rock como nostalgia, que habla de los que en los '60s tenían (o teníamos) 20 años. . . San Francisco hoy es todavía una ciudad que ama esta música. Los Jefferson Airplane todavía tienen su casa con banderas enfrente del Golden Gate, pero el Fillmore y el Avalon cerraron sus puertas, todavía hay más de 5 000 músicos jóvenes dedicados al rock y hasta incluso han surgido nuevos músicos (Quick silver messenger service, Credence clearwater revival, Joy of cooking —exclusivamente femenino—, Three dog night) muchos lugares nuevos han abierto (Matrix, Keystone Korner, House of good, Family pharmacy, Mandrake, Freight and Salvage). El rock, en fin, sigue.

En el Winterland (un local viejo) tocan ahora los grupos que antes lo hacían en el Fillmore. Hoy aquí hay un concierto en que tocan "los legendarios" Grateful dead. La primera vez que oí este conjunto fue aquí mismo, en San Francisco, a beneficio de las víctimas de una represión; hoy ya casi no tocan públicamente, por eso su aparición constituye una especie de raro privilegio. . . El Winterland es como la Arena México, y se encuentra en el corazón del ghetto negro. Llego muy tarde (una hora después de iniciado el concierto), pago mis cuatro dólares y me dispongo a entrar. Ya no hay "bolas", sólo muchos policías, todos negros (un policía blanco no entra aquí ni por equivocación, dice mi amigo). Subimos y subimos y cuando por fin encontramos algún lugar nos sentamos. Hay tanto, pero tanto, tanto humo de marihuana que de hecho uno "se pasa" con sólo respirar fuerte; pero yo tengo una reacción muy curiosa, mi organismo no lo soporta y los ojos no dejan de llorarme, al grado de que tengo que salir, ir al baño y echarme agua por un largo rato. La música se oye perfectamente aún aquí, y descubro otra cosa: en realidad ahora "el chic subterráneo" es oír el concierto desde afuera. Hay mucha gente sentada en el suelo, en los pasillos; cuando ya me siento mejor vuelvo adentro, pero el comportamiento del público ha variado mucho; ya casi no se baila porque la gente mejor quiere escuchar lo que dice la letra de las canciones; ahora la gente lleva también toda clase de bebidas y aparte de que por ello "se cruzan" debe uno tener cierto cuidado para no tropezar o sentarse sobre ella. Hay obviamente un

despliegue de guardias por todos lados y veo que sacan a algunas gentes, aunque en realidad no me imagino qué "otras" faltas estarían cometiendo pues el 90 por ciento fuma marihuana. Hasta abajo, donde no hay sillas (y la gente está parada o sentada en el suelo), hay en medio un "pasillo luminoso" que divide al lugar en dos y evita la congestión, el aglomeramiento. El público es indescriptible y tan interesante que cuando tocan los dos primeros conjuntos, que no son notablemente buenos, me dedico todo el tiempo a observarlos (sin meterme realmente en la música). Oigo que unos comentan sobre la vida sexual de *The riders of the purple sage* que son los que tocan ahora, observo que ya no es el mismo público que se veía en el viejo Fillmore; la mayoría son jovencísimos (les calculo 12 o 13 años) aunque también hay gente "vieja" (de más de 30). A pesar de ser un público tan predominantemente joven, se le nota menos frescura, y menos "en familia" que al que asistía al Fillmore; el sentimiento de libertad física y emocional que éste ofrecía ha desaparecido aquí por lo menos en un 75 por ciento. A veces, sin embargo, por momentos todo parece ser "como antes"; esto se acentúa cuando aparecen por fin *Los Grateful dead* y empiezan a tocar. Su música es fabulosa, buenísima, excelente. Al estar escribiendo esto hay un reto para mí, porque veo que con decir "excelente", "fabulosa" y otras cosas, en realidad no digo nada y no comunico mi experiencia. Lo retomo ¿Qué se puede decir? Quizá en primer lugar que ahora su música es más "folk"; luego que existe un gran acoplamiento, una enorme comunicación e identificación de grupo (por algo han estado tanto tiempo juntos); también que en la mayoría de las canciones las letras son muy corrosivas (en las manos muy tiernas, muy bellas) o finalmente que hay mucha búsqueda e improvisación en lo que tocan (no lo digo en sentido peyorativo) a la manera del jazz. Empiezan tocando una canción y luego se van, y se van e improvisan y cambian, y juegan con ella, y cuando esto ya parecería imposible, la retoman otra vez y ahí está la música, la melodía original. La canción enriquecida y de verdad interpretada y reinterpretada; y sin embargo a pesar de todo no nos llenan tanto como antes, o hemos cambiado nosotros o algo pasa (tal vez que todo lo que tocan nos es casi o totalmente desconocido, que

no lo habíamos oído antes, que no estamos habituados). No sé. Por otro lado su *show* de luces es magnífico, y a esto agregan otras cosas sensacionales, "explosiones" en el foro, lenguas de llamas que suben hacia las alturas y luego se desvanecen. Un buen número de grupies los acompañan (hay hasta niñas, que me imagino serán sus hijas) y algunas están vestidas y bailan como odaliscas. Los Grateful dead tocan y tocan y tocan, y... de repente me siento saturado, ya bien servido. Sería excesivo quedarse aquí más, ¡es fantástico! , pero más de lo que nadie puede pedir. Después de dos horas y media de oírlos y sabiendo que "todavía" seguirán por un rato, cuando me siento en el límite, me doy el lujo de una vida, y abandono el Winterland.

The Cockettes de San Francisco



You, you may say I'm a dreamer
But I'm not the only one
I hope some day you'll join us
And the world will live as one

El día de noche vieja (o sea el 31 de diciembre) San Francisco es aún más que nunca una fiesta, una fiesta que empieza a las 11 o 12 del día al salir los empleados de las oficinas; antes han brindado adentro y exaltados, jubilosos, lanzan por las ventanas a la calle las hojas de los calendarios del "año viejo" (esto es notable sobre todo en el sector financiero); el espectáculo es impresionante, parece que está nevando... Por la noche la calle Grant que atraviesa todo el barrio chino y que a la altura de North Beach se convierte en uno de los lugares más sofisticados de San Francisco, Estados Unidos y probablemente el mundo) se cierra al tránsito, y hay en ella un verdadero carnaval. La gente se echa confeti, se besa, se abraza, se felicita. Deliberadamente atravieso por ella para dirigirme a North Beach, salgo de mi viaje bañado en confeti, besado, abrazado, felicitado y colmado de buenos deseos; así llego al Savoy Tívoli, está increíble. El ambiente aquí es aún más fabuloso que en la calle, porque aquí para toda la gente, de veras, es una fiesta, una gran fiesta, y hay que ponerse de gala (claro que según lo que cada uno tenga como idea de gala). Este lugar tiene una atmósfera muy cosmopolita y deslumbrante y parte de su encanto es que se mezclan las gentes más disímolas esta noche, y todas las noches abundan los contrastes. Unos van simplemente de pantalón vaquero y suéter o alguna prenda de gamuza; otros de smoking o de frack, unos a la última moda, otros con ropa de los treinta o cuarentas (o más viejas) señoras de largo, pieles y joyas, muchachas que sacaron sus vestidos, (auténtico fin de siglo) no se





de dónde; muchachos con plumas, con ropa muy imaginativa, escotes y maquillajes inimaginables, hippies, hips (que no es lo mismo), onderos snobs, socialités, artistas, modelos millonarias, mendigos, cantantes de folk, familias conservadoras (incluso con niños pequeños). Entra (y no llama para nada la atención) un muchacho que trae patines de hielo, un vestido blanco como de los cincuentas, las piernas sin rasurar, la barba pintada de dorado y plateado y con aplicaciones de lentejuelas, aretes y en la cabeza una serie de foquitos que prenden y apagan. Es la realidad en el límite con la fantasía, en ese límite que ya no se distingue; o sea, es San Francisco; y sobre todo, la influencia de The Cockettes.

The Cockettes de San Francisco es un grupo de "teatro" (por llamarlo de alguna manera), son entre otras muchas cosas, uno de los fenómenos más inexplicables de la contracultura norteamericana (pero perfectamente explicables si se sitúa uno en San Francisco, una de las ciudades más liberales y más liberadas del mundo, incluso más que Copenhage). Este grupo es el consentido de todos los periódicos underground, donde han aparecido reportajes sobre ellos innumerables veces, y marcan un verdadero hito en lo que se conoce como el nuevo teatro liberado o nuevo teatro de liberación (y nacen un poco del movimiento de liberación homosexual). Lo constituyen principalmente (aunque no todos son) jóvenes hippies o mejor dicho hips homosexuales que se visten de mujeres. (Pero — mucha atención — el vestirse así no constituye ninguna jotería, sino un desafío; se trata de acabar con la ropa como apoyo del sexismo; la ropa no tiene ya por qué jugar un papel sexual, uno se puede vestir como quiera, y esto no significa nada. No significa nada que un muchacho "ondero" se ponga ropa de mujer de los cincuentas, de los cuarentas, de los veintes, de los treinta, todas juntas a la vez o de una sola época. Es sólo el espíritu de Artaud llevado por fin a la práctica, es "como el Satiricón 24 horas al día, es un perpetuo "happening", un perpetuo regocijo, un estilo de vida en que la imaginación de veras toma el poder, y en que la fantasía se adueña de la realidad; aparte de estos muchachos, el grupo incluye también mujeres, parejas, bisexuales e incluso los hijos de todas estas combinaciones. Les Cockettes son por lo pronto (y este pronto ya se prolonga dos años) los consentidos de casi todos los jóvenes que viven aquí (hips, revolucionarios, radicales, socialités, snobs, multimillonarios, *freaks*, y hasta de ciertos burgueses) pero no nada más de ellos, esto no excluye necesariamente ni otros estratos ni otras edades.

Les Cockettes (la palabra es un juego que alude al órgano sexual masculino) empezaron precisamente el año nuevo 70-71, tomando como *griot* uno de los postulados del frente de liberación homosexual: "Fuera del closet". Llevan *lo camp* al extremo y todo lo satirizan; ya lo dije, en primer lugar están contra el sexismo y demuestran que una "aparentemente bellísima mujer" que porta ropas de los treinta (o de cualquier otra década pasada) maquillada

toda de blanco con una peluca roja zanahoria es en realidad un muchacho muy imaginativo que enseña sin ningún pudor a todo el público su sexo, o también que determinado muchacho va vestido de mujer con tacones y todo, pero no se rasura y luce orgulloso sus barbas, simplemente se viste como se le da la gana con plumas (literal), si esto le place. Este conjunto de *freaks* y *funks*, no es un conjunto de "locas" vestidos de mujeres. Es un conjunto de gente joven que hace mofa de todo, entre otras cosas de la arbitraria división de la ropa en masculina y femenina, o nueva y vieja. Ya hacen escuela y hoy aquí un gran número de jóvenes heterosexuales visten ropas de mujer sin que ello signifique absolutamente nada y ¡qué bueno!, es más sano. Les Cockettes son hermanos, rivales y descendientes de otro grupo que empezó en los primeros sesentas. Los Angeles de la luz, un grupo de jóvenes transvestistas radicales que daban (y dan) representaciones gratis en muchos lugares públicos entre otros el Golden Gate; a éstos los dirige Hibiscus, un muchacho muy joven que está contra todo tipo de estructuras, que está por la libertad total, por un arte total, por un teatro total que se dé las 24 horas del día, gratis, en que el público no se diferencie del espectador y en que se le dé comida, bebida, masaje y droga gratis. El dirige también un grupo de marionetas para niños y da muchas funciones gratis. Hibiscus llevó a la fama (es decir a números muy espectaculares y comentados) a Les Cockettes cuando empezaron a dar ya funciones regulares "contratados" y "administrados" por Sebastian para su *Nocturnal Midnight Dream* shows" (o sea unas funciones de cine que se daban a la media noche los fines de semana en el pequeño teatrillo del barrio chino después de que acababa la exhibición normal de películas chinas); pero se separó de ellos porque cobraban, y esto atenta contra sus postulados básicos.

Me dicen que los shows de The Cockettes no son profesionales y que éste es precisamente su chiste. *Son*, eso es todo, son Cockettes 24 horas al día, 7 días a la semana, 4 semanas al mes, 12 meses al año. Son siempre (o por lo menos esperan ser mucho tiempo). Viven juntos todos en dos o tres comunas; todo es comunal en su vida, siempre hablan en plural, siempre piensan como grupo. Para ellos no existe el individuo, existe el grupo y tiene una absoluta identificación en todo y por todo: en su gusto por la exageración de lo *camp*; en su nostalgia por otras épocas; en su gusto por el maquillaje "absurdo" o exagerado, en su rebeldía, en el amor a las ropas viejas; en su fantasía; en su deseo desesperado por llamar la atención.

Este grupo ahora ya es famoso en todos los Estados Unidos (y quizá en París) y tiene filmada una película (*La boda de Tricia Nixon*: indescritiblemente pornográfica) que se supone circula mucho. Y aquí en ciertos círculos si uno no los conoce, la gente piensa que viene del polo norte o del siglo I a. C. Acaban de regresar de Nueva York donde fracasaron rotundamente y esto



(paradójicamente) constituye una especie de timbre de gloria para ellos y para los de San Francisco. Toda la gente me dice aquí: San Francisco es hoy lo que fue París en los veinte, un nuevo arte, un nuevo renacimiento se está dando exclusivamente aquí. Les Cockettes son muy representativos de todo ello, pero su valor y su sentido está aquí y sobre todo con su público (que hace el 80 por ciento de lo que son). Si alguien quiere saber lo que realmente son, "Nada más sencillo que vengan a verlos aquí. Nadie quiere que Les Cockettes vuelvan a salir". "Bienvenidos a su viejo lugar, el Palace, queridos Cockettes, Dios los bendiga", dicen los programas repartidos profusamente, repartidos desde días antes de su show de año nuevo (el primero desde Nueva York) y las localidades se han agotado en dos días, y precisamente hoy es el gran día (o la gran noche) para mí. Voy a empezar el año viendo a Les Cockettes.

Simplemente camino una cuadra, atravieso un parque y ya está. La multitud que se agolpa frente a la entrada del Palace es verdaderamente indescriptible con palabras, sólo una cámara de cine con película a color daría lo que es esto. La multitud espera más o menos calmada y más o menos haciendo cola a que abran la puerta, pero un amigo y yo nos metemos bastante adelante (al estilo mexicano). El frío es tremendo, pero una pareja nos pasa una botella de brandy del cual todos toman, y nosotros también, desafiando la muerte (léase hepatitis). Por fin abren y nos precipitamos hacia las primeras filas, donde deseo sentarme para observar de cerca el espectáculo, mas ¡oh desilusión!, las diez o doce primeras filas "ya están apartadas", están separadas por un cordón, para los amigos, amistades, grupies, fans, fruit flies de Les Cockettes. De repente, de entre esas filas alguien me grita "David, David", y yo me digo que no es posible que alguien me conozca aquí; además, no reconozco a la persona que me llama lo único que le veo es un peinado afro que sobresale descomunal. Mi amigo Jaime me dice es Lilith, Lilith es en verdad toda una personalidad, un muchacho transexual que desea convertirse en mujer para hacerse monja, que dice percibir a la gente por sus vibraciones, y que cuando me conoció me regaló lo más valioso que tenía: un dibujo de María Magdalena porque en mí "inmediatamente percibió mis buenas vibraciones, mi *bondad*, mi *ingenuidad*". Lilith nos da lugares en la segunda fila, luego vienen Pat que se presenta e igualmente "Alice Martínez" un muchacho joven cubano con unos zapatos verdes de raso, puntiagudos y de tacón de aguja, las piernas sin rasurarse, un vestido también verde como de Jane Mansfield, "strapless", lentes verdes en forma de corazón y diamantina y lentejuela en la barba. Mi amigo le dice. "¿Eres gusano o revolucionario?", a lo que de inmediato responde que revolucionario (y yo pienso que por lo menos en su vestuario sí, y como que de golpe aprehendo el mundo de Severo Sarduy, mundo

que está ya empezando a permear a los Estados Unidos. Alice Martínez lamenta no habernos conocido antes "pues tuve una cena de año nuevo muy elegante en Oakland y me hubiera gustado tenerlos" (Dice) luego saca su gran cigarro de mariguana, y lo pasa entre la concurrencia; mientras tanto Pat saca también una botella a la que ha agregado veinte chochos (textual en español, que lo habla muy bien) y también la hace circular libremente. Observo al público y no lo puedo creer; con razón dicen que la mayor parte del espectáculo está en él. Su vestuario, peinado y comportamiento es de lo más desconcertante y hasta me atrevería a decir que barroco.

Después de muchos chiflidos y aplausos empieza por fin el espectáculo que se titula "Les étoiles de minuit". Se pasa una película (corta, mezcla o montaje de pornografía y ciencia ficción) y luego el primer número, una imitación en verdad graciosa de Gertrude Stein en que se hace una severa burla de su físico e incluso de su lenguaje poético; luego salen Madame Dubarry, María Antonieta y otras damas francesas de diversas épocas y categorías indiscriminadamente mezcladas; al frente portan un triplay con el vestido y otros accesorios dibujados y perfectamente recortados en silueta, fuera de esto les sobresale la cabeza y enormes y elaboradas pelucas. Luego se voltean y no traen absolutamente nada, cuando se inclinan para que las guillotinen es el acabose. De repente la escenografía se le viene encima a un Cockette que porta un vestuario complicadísimo, el público aplaude, le ayuda a levantarlo, y éste sigue su número que termina como casi todos, enseñando el sexo, el *derrière* y un cuerpo delgadísimo (a lo sumo 40 kilos); esta vez es un Cockette famoso: Goldie Glitters, que salió en la película *Grupies*. En un número de tango, un macho es el humillado, luego Edith Piaf gime en el escenario y se ahoga con tanta ropa. Pero en realidad y aunque se aplaude ruidosamente nadie presta demasiada atención, ni concede demasiada importancia al show en sí. Se habla, se grita, se comenta, se saluda a gritos; y algunos de los asistentes se pasean luciendo su vestuario que en realidad es todavía más exagerado; en el baño de hombres entran dos "monjas". En el escenario continúa el desfile de plumas, brillos, oropel, el resplandor, las luces, mucha ropa o máximo desnudismo. Algunos de los números son excelentes, imaginativos, fantásticos; otros no tanto, pero eso no importa, lo que importa es lo que provoca, lo que nos deja, cómo nos sentimos, cómo nos liberamos (hay que dejar tu "burguesía" en casa si quieres apreciar esto, dice un amigo), lo no profesional, lo vital que tiene. . . Cerca de tres horas después termina el espectáculo, todavía tengo la suficiente curiosidad y energía (como todos los demás) de ir a los camerinos donde el espectáculo sigue y es indescriptible, luego salgo a la calle, ya hace menos frío, pasan algunos cockettes, no se diferencian demasiado de los demás que hay aquí. Toda la gente baila, canta, celebra el año nuevo, está feliz.